

La página viva

Juan Ramón revive a Valle-Inclán

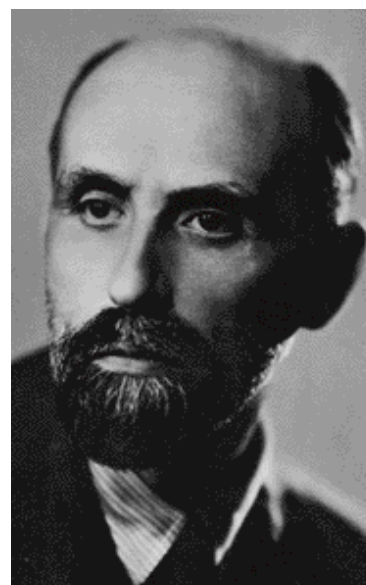
José de la Colina

La guerra literaria y no literaria de Valle-Inclán fue charamusca en guerrillas, una batalla teatral declamada con pólvora sola. Valle-Inclán alzaba el telón en cualquier sitio, adelantaba al enemigo y al amigo y empezaba a hablar. Lo tenía todo preparado siempre. Hablaba, y se veía que aquello era su amor, su fe, su razón de vida o muerte. Como en los sonetos de ciertos literatos efectistas, todo estaba escrito después del último verso y era sólo su andamiaje, su pedestal, su caja. Era el suyo un creciente magnífico, y en esto se parecía también a los irlandeses, tan majitos charladores. Y al final de su perorata policroma, musical, plástica, había siempre una frase dinámica, ascensional, de espesa cauda de oro vivo, que subía, subía, subía entre el coreo y el vitor jenerales y daba en lo más alto de su poder un estallido final, el trueno gordo, como un gran punto redondo, áureo y rojo un instante, negro luego y desvanecido en lo más negro. Valle-Inclán se quedaba abajo enjuto, oscuro, ahumado, en punta a su frase, como un árbol al que un incendio le ha volado la copa, un espantapájaros con rostro de viento, como el castillo quemado de los fuegos de artificio. Todos entonces, camareras, soldados, niños, poetas, que se habían mantenido a distancia por el respeto inconciente al incendio de la belleza, peligro de vida y muerte, se acercaban a él riendo y lo zarandeaban un poco de la manga vacía, mirándole al arriba sin corona, con sombrero nada más. Y todavía caían aquí y allá, de sus ojos irónicos y cansados de presbitidigitador, de astrólogo, de mago, de brujo, entre su ceceante sonrisa y los hilos cenizos de su barba de cola de caballo, algunas coloridas, débiles, sordas bengalas.

Juan Ramón Jiménez, "Ramón del Valle-Inclán (Castillo de quema)", 1936.

Movimiento, ritmo, policromía, y en síntesis, una extraordinaria y querible figura humana en vertical incandescencia, en deslumbrante, chisporroteante ascenso a su propio mito. He aquí a un artista de la prosa, a don Ramón María del Valle-Inclán (Villanueva de Arosa, Pontevedra, 1866-Santiago de Compostela, 1936), tal como más de una vez, en la calle o en la tertulia madrileña, lo vio quien era un gran poeta que se ejercía lo mismo en el verso que en la prosa: Juan Ramón Jiménez (Moguer, 1881-San Juan de Puerto Rico, 1958, Premio Nobel 1956). En este fragmento, tomado del texto titulado "Ramón del Valle-Inclán / Castillo de quema", escrito en enero de 1936 y a los pocos días del deceso del autor de *Tirano Banderas*, Juan Ramón, más que sólo evocar a su ilustre tocayo anterior, lo mira "en el momento en que alcanzaba su definición mejor" (según hubiera dicho Lezama Lima); lo retrata mediante veloces pinceladas verbales, y, rescatando al personaje de la fugaz e invisible página aérea, lo revive como a un cohetero de palabras, como a un heroico y literalmente deslumbrante maestro y mago de la prosa tanto escrita como oral, un "mágico charlador": un hombre, a final de cuentas, que vivía por y para la palabra.

Subtitulado "Castillo de quema", es decir "castillo de fuego" (imagen que según el *Diccionario de la Real Academia Española* significa armazón de cohetería), el vívido y brillante medallón nos ofrece un Valle-Inclán magníficamente anecdótico, un espectacular aunque sincero actor de sí mismo que, llevado de su pasión literaria, estalla en un ascendente y luego descendente surtidor de luces de colores que tal vez nunca dejarán de flotar en la memoria del lector.



Juan Ramón Jiménez

La página es una breve y muy encendida fiesta prosística que nos entrega todo el personaje en una pintura animada y lo instala, vivo y vivaz, en la inmortalidad icónica y literaria.

Otro gran poeta andaluz, Luis Cernuda (Sevilla, 1902-México, 1963), que a la vez admiraba y malquería a Juan Ramón Jiménez, dijo que con el autor de *Platón y yo* (1914), de *Españoles de tres mundos* (1942), de "retratos líricos" y "caricaturas líricas" de los que no hay cuenta cierta y no recogidos en libro por el autor, nació la prosa española contemporánea. Y evidentemente lo decía por algo, por mucho más que por el personalísimo, deliberado uso juanramoniano de la jota en lugar de la ge fuerte: uso del cual hay dos casos que "saltan a los ojos" en esta página viva. ■